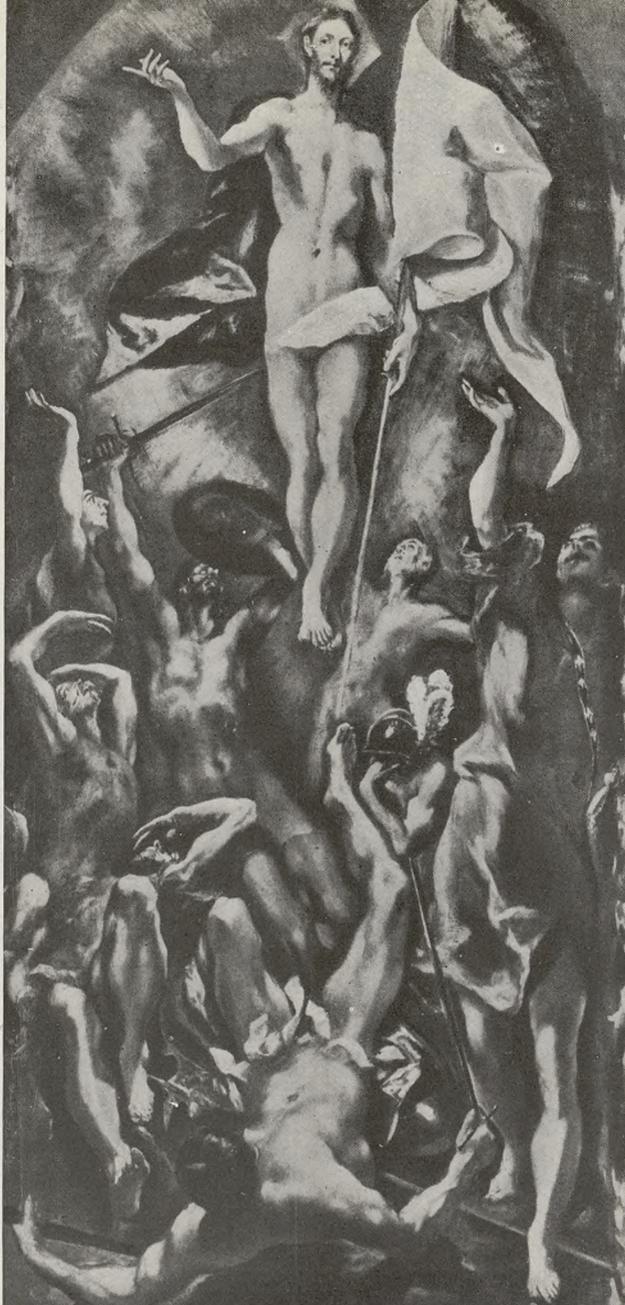


"La Resurrección", de Murillo, abajo. En el centro, el Greco rompe, audaz y magistralmente, con la interpretación clásica del sublime tema evangélico.



Abajo, otro lienzo de la "Resurrección", que pintó Morales, el "Divino", ateniéndose, como Murillo, al patrón tradicional de los centinelas dormidos.



CENTINELAS DE LA RESURRECCION

ES por el mismo tiempo. Los botones de las flores apretados como sepuleros con sello. La tumba de Jesús hermética como capullo tempranero. Y de súbito la vida rompe. Y el jardín se llena de perfume, como si la rosa hubiera estado embalsamada por piadosas manos magdalenas desde que en el otoño murió rodeada de espinas, y ahora el olor se derramara. O como si Jesús hubiera derrotado al invierno del Testamento Viejo y significara para el mundo todos los aromas de una primavera. Marzo y Pascua. Vestiduras blancas en el campo, como si en cada flor de almendro y en cada azahar la vida resucitada hubiera dejado plegaditos los sudarios inútiles. Flores frescas en el altar, como réplica primaveral de la liturgia.

Pero el romper del pimpollo se ve. Lo velan ávidas, por ejemplo, las abejas en alerta, que en cuanto los pétalos anuncian la resurrección de la vida se lanzan hasta el fondo del sepulcro, cobrándose ellas mismas en néctar dulce el precio de su verídico testimonio.

Y la Resurrección del Señor no la vió nadie. Cuando el ángel removió la piedra, con susto de la centinela, ya estaba el sepulcro vacío; y hubo que pagar a los soldados bobalicones en sonante plata su testimonio falso.

Las consecuencias para el arte han sido diametrales. La resurrección primaveral ha podido ser pintada en todas sus fases. El desnudo tronco invernal, el botón jugoso, el rubor de la flor a medio abrirse el seno, las anteras como cirios encendidos con la llama amarilla del polen.

Pero los pintores no sabían cómo representar la Resurrección del Señor. Hasta el siglo XIII no hay en el arte un intento de dar colores a ese episodio cristiano. La iconografía occidental había suplido su necesidad dibujando las apariciones del Señor a la Magdalena, o a los discípulos de Emaus, o a Tomás el incrédulo, o deslizado el lápiz por los ojos atónitos de las mujeres que encontraban el sepulcro vacío. Los bizantinos dejaban volar la imaginación creadora por el limbo de los justos, adonde Jesús llegaba como liberador aclamado con júbilo. En la alta Edad Media, la pintura alemana coloca sobre la losa horizontal de un sarcófago a Cristo triunfador, enarbolando una cruz con flámulas de blanco o rojo y oro. Giotto da en la Academia de Florencia el tipo de resucitado que han de seguir copiando los pintores del mundo hasta nuestros días.

Resucitado, sí. Resucitante, no. Los pinceles han protestado golpeando nerviosos a la paleta cuantas veces un artista ha sentido la tentación de violar el secreto de la noche del sábado al domingo; y aun no hay en los museos una instantánea del fundirse la piedra para dar paso a la carne rediviva de Jesús. La primavera de la vida tras del frío de la muerte no ha tenido su artista.

Pero es curioso que el sentido de captación de la cómica que en cada mortal anida,



se ha fijado con rara unanimidad en el payaso que ameniza el nacimiento de la Era Cristiana: en el soldado que dice haber dormido y que dormido testifica el robo de un cadáver.

De eso sí que no hay ejemplo en la primavera de nuestros bosques y jardines. Sale el reptil de la piedra en que durmió la invernada; pero no presume negar la primavera afirmando que vió un hurto de los leñadores mientras dormía. Se apresura la hormiga correteando cortezas y terrones; pero no afirma ni niega si nevé, mientras ella consumía el grano profundo de sus repletos silos.

Los soldados romanos vendieron el buen sentido por unos siclos de plata. Y todos los pintores de la historia han ido burlándose de ellos con la risa de sus colores. Como su sueño es convencional y fingido, andan por los bajorrelieves bizantinos de marfil en posturas incómodas, incompatibles con el dormir real, o apoyan en las tablas flamencas su cabeza sobre el hombro, sesteando con un ojo abierto, como liebres de fábula.

Pero no sin razón los ha inmortalizado el arte, tozudos bufones del gran misterio cristiano. Porque son un símbolo con valor tan universal como Otelo o como Don Quijote. Sólo que en lugar de ser parto de novelistas fueron personaje real de evangelios.

Vibran las cinco cuerdas temblorosas del pentagrama cuando salta a ellas un recién nacido genio musical. Y los críticos, que debieran ver y ven, se hacen los dormidos. Resucita una nación del letargo decadente en que pobreza y sangría de guerra la sumieron. Y los observadores políticos, que debieran ver y ven, venden por una condecoración para el ojal de la solapa la confesión de que aquella nación no está ya en el sepulcro, pero tampoco se la puede admitir en el consorcio de los vivos, por no sé qué cosas que ocurrieron mientras ellos dormían.

Los centinelas del huerto son el prototipo de cuantos guiñan los párpados para no ver el curso incontentible de la historia; y así habría que decir que el globo anda todavía lleno de dormilones de cuola.

Topos que cuando cuajan los arbustos y deja caer el sol rayos de oro sobre las fuentes, cierran los ojos y se hunden para morder rencorosos las raíces bajo tierra.

Pero ni el crítico amargado, ni el político envidioso, ni el topo roedor, ni el centinela dormido pueden paralizar su correspondiente primavera. Cuando la guardia del huerto andaba firmando declaraciones falsas por cuarteles y sanedrines, Jesús vivo encendía unas ascuas a la orilla del lago y dirigía desde tierra la maniobra de una nueva pesca milagrosa. La verdad termina siempre por pescar. Y por hacer luz.

J E S U S I R I B A R R E N